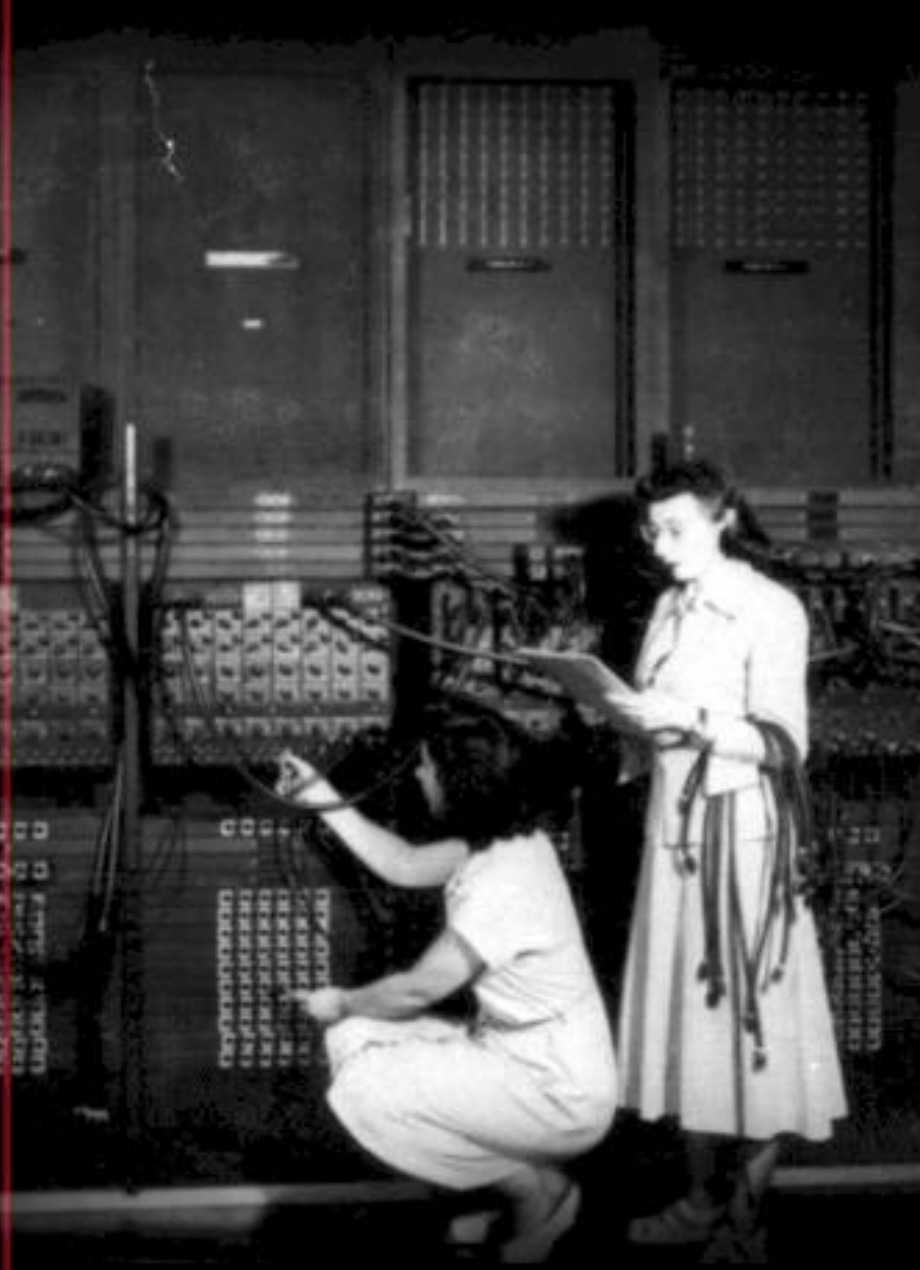


Joe Halldeman

ARMAJA DAS



© 1954 Halldeman
All rights reserved
Printed in the
United States of
America

© 1954 Halldeman
All rights reserved
Printed in the
United States of
America

© 1954 Halldeman
All rights reserved
Printed in the
United States of
America

Un hombre es maldecido por una gitana y sólo una super-computadora parece poder ayudarlo...

Cuento publicado en el libro *Sueños Infantiles*.

Armaja Das

El rascacielos, edificado en 1980, mantenía aún el olor y el aspecto de algo nuevo. Y de dinero.

El portero se arqueó unos pocos grados y mantuvo el rostro impassible mientras le abría la puerta a una anciana encorvada. Sujeta en una mano, como una garra, la mujer llevaba una tarjeta de Veteranos. El portero no le tenía mucho aprecio al guardia de seguridad, y aquella mujer iba a poner a éste en una situación interesante.

La piel de la cara de la mujer colgaba formando profundas arrugas y mostrando toda una red de diminutos canalitos; tenía la barbilla y la nariz prominentes y flácidas. Una catarata le dejaba un ojo opaco; el otro ojo era amarillo y rojo, rodeado de negro intenso, de párpados inmóviles. Los dientes se los había dejado en cosas diversas. Al andar, arrastraba los pies. Llevaba un viejo vestido negro, con tonalidades ligeramente grises a causa de los repetidos lavados. Si tenía algún cabello, lo ocultaba bajo una tela de color azul pálido. Iba tan encorvada que su cuello era casi paralelo al suelo.

—¿En qué puedo servirla? —el guardia de seguridad tenía una voz cansada, que hacía juego con sus hombros y su espalda. El empleo le había parecido un poco romántico durante los dos primeros días; consistía en proteger a toda aquella gente rica, sentado frente a un tablero de mandos ultramodernos, rodeado de pantallas de video y con una ametralladora a mano. Pero los monitores estaban en blanco, salvo durante la comprobación que hacía a cada hora; había que ahorrar energía. Y si alguna vez retiraba siquiera

la ametralladora de su soporte, tendría que llenar cinco formularios y llamar al puesto de policía. Y el portero nunca rechazaba a nadie.

—Compre unas flores para ayudar a unos muchachos menos afortunados que usted —dijo la mujer, con una voz débil y desagradable, con tonalidad de barítono. Por su edad y por su acento, se hubiera podido creer que sus hijos habían combatido en la revolución rusa.

—Lo siento. No estoy autorizado a... atender obras de caridad estando de servicio.

Ella se lo quedó mirando durante un buen rato, asistiendo con movimientos de cabeza casi imperceptibles.

—Entonces, envíeme a alguien con más corazón —dijo.

El hombre estaba intentando encontrar una respuesta adecuada cuando la puerta se abrió de pronto de par en par.

—¡Fuego en un coche! —gritó el portero.

El guardia de seguridad saltó de su asiento, cogió un extintor y echó a correr hacia la puerta. La vieja arrastró los pies detrás suyo, hasta que tanto el guardia como el portero desaparecieron por la esquina. Entonces, ella se dirigió al ascensor con sorprendente agilidad.

Subió al piso diecisiete y después apretó el botón que devolvería el ascensor al vestíbulo. Comprobó el nombre de la placa de la habitación 1738: Señor Zold. Era analfabeta, pero podía identificar los nombres.

Sin preocuparse por probar si estaba abierta, anduvo a lo largo del pasillo hasta que encontró un reservado para mujeres de servicio. Cerró la puerta detrás suyo y se escondió detrás de un perchero de almidonados uniformes blancos, apoyándose contra la pared, con su bolso entre los pies. El ligero olor a gasolina no la molestó en absoluto.

John Zold apretó el botón del intercomunicador.

—¿Martha? —la secretaria contestó—. Antes de que se vaya me gustaría hacer una comprobación de la redundancia del apartado 408, a cotejar con la cinta 408.

Accionó el selector de su pantalla para que en ella apareciera la información que saldría de la terminal de Martha. Metió tabaco en una pipa y la encendió, sin dejar de observar.

La pantalla se llenó de números verdes: una complicada matriz de unos y ceros. Se esfumaron durante un segundo y fueron reemplazados por una sucesión de líneas de ceros. Las líneas de ceros empezaron a avanzar hacia arriba, sucediéndose, como los títulos que preceden a una película.

La línea setecientos cuarenta y seis apareció formada exclusivamente por unos. John apretó de nuevo el botón del intercomunicador.

—Tenía que ser algo así. ¿Tienes tiempo para resolverlo? —lo tenía—. Gracias, Martha. Nos veremos mañana.

Volvió a deslizar hasta su sitio la parte del tablero de su mesa que ocultaba una perforadora y tecleó rápidamente:

523 784 00926// Buenas noches, máquina. Cierra esta terminal, por favor.

BUENAS NOCHES, JOHN.

NO TE OLVIDES DE LA INVITACIÓN DE MAÑANA PARA COMER CON EL SEÑOR BROWNWOOD.

CITA CON EL DENTISTA MIÉRCOLES 09:45.

COMPROBACIÓN DE LOS SISTEMAS GENERALES MIÉRCOLES 13:00.

DEL O DEL BAXT. CERRADA.

DEL O DEL BAXT significaba *Dios te dé suerte* en la antigua lengua de los gitanos.

John Zold, gitano de nacimiento pero no por ningún otro detalle que no fuera la fuerza de la sangre, desconectó su teclado y abrió el cajón más bajo de su escritorio.

Cogió una pistola automática plana con una funda con cargador y se la metió debajo de la chaqueta, en la parte interior de la cintura de los pantalones.

Sólo hacía dos semanas que llevaba la pistola y aún le hacía sentirse incómodo. Pero estaban aquellas cartas.

John había nacido en Chicago, algunos años después de que sus padres hubieran huido de Europa y de Hitler. Su padre había sido un hombre impetuosamente orgulloso; un día, tras haberse visto envuelto en una amarga discusión sobre el honor de su hija de doce años, había regresado a casa con los nudillos despellejados y sangrando, y había entregado a su esposa una gran navaja con sangre seca incrustada para que la escondiera.

John era menudo para sus cinco años de edad y su barbilla apenas alcanzaba la mesa de la cocina a la que estaba sentada toda la familia discutiendo su incierto futuro mientras la señora Zold vendaba las manos de su marido. La poca talla de John le salvó la vida cuando la ventana de la cocina estalló y una ráfaga de balas destrozó las cabezas y pechos de las únicas personas en el mundo que el pequeño amaba y en las que podía confiar. La policía lo encontró acurrucado entre los cuerpos de su padre y su madre, y lo primero que pensaron al verlo cubierto de sangre, completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos y sin llorar, fue que también él estaba muerto.

El solícito personal del orfelinato tardó seis meses en conseguir sacarle una sola palabra: *ratválo*, que repetía una y otra vez, y que ellos nunca fueron capaces de traducir. *Ensangrentado, sangrante*.

Pero el chiquillo había crecido hablando principalmente inglés, con algunas palabras de lengua gitana o caló y de húngaro entremezcladas para dar sabor o precisión al len-

guaje. Un año después, el problema ya no fue comunicarse con John sino tratar de hacerlo callar.

Nadie adoptó al pequeño gitano, cosa de la que John se alegró. Ya había tenido familia y el final no había podido ser peor.

En la escuela del orfanato fue suspendido en caligrafía y conducta, pero quedó razonablemente bien en todo lo demás. En aritmética, y más tarde en matemáticas, estuvo más que brillante. Cuando salió del orfanato, a los dieciocho años, se matriculó en la universidad de Illinois y se ganó la vida trabajando como ayudante de contable y, a ratos, de modelo. Había salido de su fea adolescencia con un sorprendente parecido físico a Clark Gable.

Durante el servicio militar pasó dos años manipulando ordenadores en Fort Lewis y, una vez licenciado, continuó sus estudios hasta conseguir el grado de profesor. Su tesis, *Emulación de los sistemas físicos continuos por medio de la universalización de los algoritmos de Trakhtenbrot*, fue muy bien recibida, y el departamento de matemáticas le dio una beca para que pudiese ampliarla hasta convertirla en una tesis doctoral. Pero hubo además otras personas que leyeron su disertación y, al cabo de pocos meses, la Bellcom International le contrató, con lo cual dejó el ámbito universitario. Ascendió rápidamente a través del escalafón. No había cumplido aún los cuarenta años y ya era jefe analista del departamento de Investigación de Bellcom. Tenía su propio despacho, con grandes ventanales que dominaban Central Park, y una lujosa residencia a sólo veinte minutos en tren.

Como era su costumbre, John compró una gran lata de cerveza de camino a la estación y la abrió tan pronto como se hubo sentado. Esto le ayudaba a no ponerse nervioso durante los quince o veinte minutos de espera, mientras el tren se llenaba de pasajeros.

Sacó de la cartera un grueso informe técnico y miró el sumario que figuraba en la primera hoja, sin verlo realmen-

te, pero confiando que, al simular que estaba ocupado, se libraría de cualquier compañero de viaje anónimo que buscara conversación.

El tren era un expreso, y los llevó a Dobb's Ferry en doce minutos. John no levantó la vista del informe hasta que estuvieron bien alejados de Nueva York; el túnel de tela metálica que protegía la vía contra los gamberros hacía borrosa la visión y daba a la retina una falsa noción de los colores. A algunas personas les gustaba aquello, pero para John el efecto era como mínimo molesto y a veces incluso mareante, lo cual dependía de lo cansado que estuviese. Aquella noche estaba terriblemente cansado.

Descendió del tren dos paradas más allá de Dobb's Ferry. El coche de servicio lo estaba esperando a él y a otros dos residentes. Era una agradable noche de primavera, y normalmente John habría recorrido a pie la media milla que le quedaba, cansado o no. Pero aquellos anónimos...

John Zold, déjate de sermones o morirás pronto. Armaja das, John Zold.

Las tres cartas decían esto:

Armaja das. Lanzamos una maldición sobre ti, por echar sermones.

Temía menos a las maldiciones que a las balas. Mientras descendía del tren, se desabrochó el botón inferior de la chaqueta, dispuesto a desenfundar rápidamente y correr a refugiarse detrás de aquel cubo de basura, como en el cine; pero no había nadie de aspecto sospechoso en las inmediaciones. Sólo las habituales amas de casa y el viejo policía que estaba de servicio permanente en la estación.

El asesinato a la vista de todo el mundo no era propio del estilo gitano. Pero los estilos cambian. Subió al coche y

vigiló las calzadas laterales durante todo el trayecto hasta su casa.

En su buzón había otro sobre como los anteriores. No lo abriría hasta que llegase a su apartamento. Entró en el ascensor con la demás gente y marcó el piso diecisiete.

Estaban furiosos porque John Zold les estaba robando a sus hijos.

El mes de marzo último, su asesor fiscal le había sugerido que podía contribuir con cuatro mil dólares a cualquier obra de beneficencia y ganar así unos pocos cientos en el proceso, porque entraría en una categoría fiscal más baja. John no era de los que hacían las cosas por el sistema más fácil y evidente, así que efectuó varias indagaciones y, tras soportar cierta dosis de tedio burocrático, fundó el *Consejo para la Integración de Jóvenes Gitanos* con fondos procedentes a partes iguales de los gobiernos federal, estatal y municipal, y becas concedidas por la Fundación Ford.

En realidad el CIJG no era más que una oficina de una sola habitación con sede en el barrio de West Village y atendida por personal voluntario. Estaba llena de folletos diversos y de proclamas; en su mayor parte escritos por John, que explicaban que los jóvenes gitanos podían sacar legítimo provecho de la sociedad americana si se decidían a formar parte de ella, cosa que los gitanos amantes de la tradición no veían con buenos ojos. Empleos, escolaridad, programas de estudio, todo esto eran cosas para los *gad-jos*, y veneno para el espíritu de un gitano.

En el mes de noviembre, al abrir la oficina por la mañana, un voluntario había encontrado una tosca bomba incendiaria de cinco galones de gasolina que empleaba una vela como mecha retardada. La vela estaba colocada a una pulgada del reguero de pólvora que habría hecho arder la gasolina. En enero, encontraron entrañas de gallina dentro de los ficheros y pegadas a las paredes. Pero John consiguió hacerse con los servicios de un hombre joven y resuelto para que durmiera en un camastro en la oficina, como un ga-

to, con una escopeta a su lado, y no hubo más problemas de aquel tipo. Todo lo más recibían la visita de un grupo de hombres y mujeres de edad que entraban desfilando en silencio y con la mirada fija para coger los folletos a fajos y romperlos y tirarlos una vez volvían a salir al pasillo. Pero el papel era barato.

John corrió el cerrojo de su puerta y colgó la chaqueta en el armario ropero. Puso la pistola en un cajón del escritorio y se sentó para abrir la correspondencia.

La carta más corta decía:

Esta noche, John Zold. Armaja das.

Pues que haya mucha suerte, pensó él. Aquella noche ni siquiera estaría en casa; tenía una cita. Y se quedaría en casa de la mujer, en Gramercy Park ¿Le echarían una maldición allí? ¿Durante el espectáculo o en casa de Sardi?

Abrió dos sobres más, facturas, y entonces llamaron a la puerta.

No había sido anunciada desde abajo. Quizá era un vecino. El tipo de la puerta de al lado siempre estaba pidiendo algo. Silencio. Sintiéndose un poco tonto, se volvió a meter la pistola en la cintura. Se puso la chaqueta, por si no se trataba más que de un vecino.

Por la mirilla de la puerta no se veía nada. Mala cosa. Sacó la pistola y la mantuvo fuera de vista junto a la jamba de la puerta, descorrió el cerrojo y abrió con cuidado. Se encontró frente a una mujer gitana, demasiado baja para que se la hubiera podido ver a través de la mirilla. La mujer se hizo atrás y dijo:

—John Zold.

El la miró.

—¿Qué quieres, *púridaia*? —sólo podía recordar más o menos un centenar de palabras de caló gitano, pero *abuela* era una de ellas. ¿Cuál era la palabra que quería decir *bruja*?

—Tengo un regalo para ti.

Sacó de su bolso un librito de color verde oscuro, doblado y con los bordes arrugados, y se lo entregó. Era un pasaporte canadiense muy usado, perteneciente a un tal William Belini. Pero la fotografía que iba en la parte interior de la cubierta delantera era la de John Zold. Dentro había un pasaje de avión de las líneas aéreas Qantas. John no lo abrió. Cerró el pasaporte con un movimiento rápido y lo devolvió. La vieja no lo quiso aceptar.

—Un gran trabajo. Me halaga saber que se me considera tan importante.

—Tómalo y márchate para siempre, John Zold, o tendré que hacer lo segundo.

John sacó el sobre del pasaje de entre las páginas del pasaporte.

—Esto me lo quedo. Puedo conseguir el reembolso, y con el dinero se pueden comprar multitud de carteles y folletos. —Intentó meter el pasaporte en el bolso de la vieja, pero no lo consiguió—. ¿Qué es lo segundo?

El pasaporte había caído al suelo y la mujer lo empujó hacia él con la punta del pie.

—Cógelo. —Intentó sonar imperiosa, pero la voz salió delgada aunque petulante.

—Lo siento, pero no me serviría para nada. ¿Qué es...?

—La segunda cosa es tu muerte, John Zold —y metió la mano en el bolso.

El sacó la pistola y apuntó a la frente de la mujer.

—No, no creo.

Ella ignoró la pistola y sacó un puñado de plumas blancas de gallina. Las dejó caer sobre el umbral del piso. *Armaja das*, dijo; después siguió refunfuñando en caló gitano, dejando caer plumas a intervalos regulares. John reconoció las palabras *joovi* y *kan*, que querían decir respectivamente *mujer* y *pene*; habría podido captar algunas otras palabras si ella las hubiese pronunciado más claramente.

John volvió a poner la pistola en la funda y esperó hasta que ella hubo acabado.

—¿De verdad piensas que...?

—Armaja das —repitió la vieja, e inició una nueva letanía. El reconoció una palabra, entre tantas, que significaba corrupción o infección; y la última palabra fue absolutamente clara: muerte. *Méripén*.

—Todas estas tonterías no van a... —pero la anciana ya le daba la espalda. Forzó una risa y miró cómo la mujer se marchaba, pasando más allá del ascensor hasta llegar a la esquina que conducía a la escalera.

Hubiera podido llamar al guardia de la casa. Asegurarse de que la vieja no saldría por la puerta trasera. Acusarla de entrada ilegal. Pero sospechó que ella sabía que a él no le gustaba crearse problemas, y esto le fastidió un poco. Se dirigió al teléfono, pero antes de llegar consultó su reloj y regresó a la puerta. Recogió las plumas y las echó a la basura. Disponía de tiempo. Se podía afeitarse, ducharse y cambiar de ropa. Tomaría el coche hasta la estación, el tren hasta la ciudad y un taxi desde la gran estación central hasta el apartamento de la mujer con la que estaba citado.

El espectáculo fue un puro deleite; una reposición erótica de Lysistrata; salir con Sardi le resultó tan tonificante como siempre; era una mujer agradable, con estilo y chispa, que casi lo arrastró a su apartamento, donde él, por primera vez en su vida, estuvo impotente.

La psiquiatra no usaba ninguno de los sistemas tradicionales: nada de divanes ni estanterías llenas de libros evidentemente caros. Ni alfombra, ni artesonado, ni impresos numerados, ni siquiera la libreta de notas o la expresión de compasión ligeramente desinteresada. En lugar de eso tenía un magnetófono escondido, una mirada ceñuda y analítica, y un despacho de paredes desnudas con una mesa funcional y un par de sillas de asiento duro.

—Usted sabe exactamente cuál es el problema —dijo.

John asintió.

—Supongo que sí. Algún... residuo de mi infancia. Acepto a aquella mujer como un símbolo de autoridad. Por las pocas palabras que pude entender de todo lo que dijo, deduje que era...

—Con las palabras *pene* y *mujer* se construyó usted su propia maldición. Y probablemente la está utilizando para castigarse a si mismo por haber sobrevivido al desastre que mató al resto de su familia.

—Esto está muy pasado de moda. Y es inverosímil. He tenido casi cuarenta años para castigarme a mi mismo si me hubiese sentido responsable. Y no lo he hecho.

—Sin embargo, es una hipótesis que puede funcionar. —La mujer se enderezó en su silla y examinó el dibujo que formaba la madera de tejo de la parte superior de la mesa, encima de la cual no había nada—. Puede que manteniendo el problema a un nivel sencillo, la curación resulte sencilla también.

—Conforme por mi parte —dijo John—. A 125 dólares por hora, cuanto antes mejor.

—Si es usted capaz de verlo, de sentirlo en este contexto, entonces la clave de su curación es la transferencia.

Se inclinó adelante, con los codos encima de la mesa, y John observó con destacado interés el ligero movimiento de sus pechos; era el único interés que había sentido por las mujeres desde hacia más de una semana.

—Si en vez de a ella me puede ver a mí como una figura autoritaria —continuó la mujer—, con el tiempo podré llegar hasta el chiquillo que hay en su interior y convencerle de que no hubo ninguna maldición. No es más que un caso de apreciación errónea de otra personalidad... Simplemente una vieja que lo asustó. Con una hipnosis cuidadosa, la cosa no tendría que ser demasiado difícil.

—Parece razonable —dijo John, lentamente. ¿Aceptar que aquella joven *geyri* era más poderosa que la vieja bru-

ja? Como adulto podía hacerlo. Aunque si había un chiquillo gitano asustado escondiéndose en su interior, no estaba tan seguro.

523 784 00926//*Hola, máquina —grabó John. ¿Quién es el mejor dermatólogo en diez manzanas a la redonda?*

BUENOS DÍAS, JOHN. DENTRO DE LA DISTANCIA INDICADA Y, USANDO COMO ÚNICO PARÁMETRO SUS HONORARIOS POR HORA, EL PRECIO MÁXIMO ES DE \$9.5/HORA Y ESTO ES LO QUE COBRAN DOS DERMATÓLOGOS: EL DOCTOR. BRYAN DILL, CALLE 245 OESTE, N° 45, ESPECIALIZADO EN DERMATOLOGÍA COSMÉTICA, Y EL DOCTOR ARTHUR MAAS, CALLE 198 OESTE, N° 44, ESPECIALIZADO EN ENFERMEDADES GRAVES DE LA PIEL.

¿Querrá el doctor Maas tratar enfermedades de origen psicológico?

SIN DUDA. GRAN PARTE DE LAS DERMATOSIS LO SON.

No seas engreída, máquina. Pídeme hora con el doctor Maas, dentro de los dos próximos días.

TIENES HORA MAÑANA A LAS 10:45. LA VISITA DURARÁ UNA HORA.

TENDRÁS PUES 45 MINUTOS PARA IR A LUCHOW A LA CITA CON EL GRUPO AMCSE.

ESPERO QUE NO TENGAS NADA GRAVE, JOHN.

Confío en que no. Que grima estos circuitos de empatía. ¿Has arreglado lo referente a la terminal remota de Luchow?

NO HA SIDO NECESARIO. HARÉ UN REMIENDO A TRAVÉS DE CONED/GENERAL.

ALQUILARLES LAS INSTALACIONES DE LUCHOW SÓLO COSTARÍA UN 0,588 DEL COSTE PROYECTADO PARA EL TRANSPORTE Y LOS TRABAJOS DE INSTALACIÓN DE UNA TERMINAL REMOTA.

Así es mi máquina, siempre pensando. *Muy bien, máquina. Mantén esta estación en activo indefinidamente.*

GRACIAS, JOHN.

Las letras se apagaron, pero la luz de disponibilidad se mantuvo encendida.

John no debería quejarse de los circuitos de empatía; eran sus niños mimados y el motivo principal de que Bell-com le pagase tan buen sueldo por conservar sus servicios. Los derechos de propiedad sobre el envasado de la empatía valían aún para otros doce años y, alquilándolos, estaban ganando una fortuna. Prácticamente todos los grandes ordenadores que había en el mundo estaban conectados con el aparato que él había proyectado desde la ConEd/General que regía Nueva York, hasta Ginebra, y Akademia Nauk, que juntas regían la mitad del mundo.

La mayoría de clientes daban al envasado de empatía un nombre, habitualmente femenino. John la llamaba *máquina*, en un intento algo fallido de dejar de considerarlo algo humano.

Hizo un esfuerzo consciente para no rascarse los granos de la parte posterior del cuello. Debió haber ido al médico cuando aparecieron por primera vez, pero la psiquiatra le había asegurado que ella se los podría curar; eran la *corrupción* de la segunda maldición. Pero no tuvo en esto más éxito del que había tenido con la impotencia. Y aquella mañana le habían salido forúnculos en el pecho, ingles y omóplatos. Tenía algunos narcóticos, pero prefirió aguantar con aspirinas hasta después del trabajo.

El doctor Maas lo llamó impétigo; le recetó un jabón especial y un ungüento antibiótico y le dijo que volviese al cabo de diez días o dos semanas. Si para entonces no había mejora, tomaría medidas más severas. Para ser médico parecía muy joven y John no se vio con ánimos para decirle